

EL ARTISTA

(O EL NIÑO QUE SE CONVIRTIÓ EN BRUJA)

POR MIGUEL A. MEDINA VICARIO

PERSONAJES

PRESENTADOR

ARTISTA

DUENDE I

DUENDE II

HADA

SEÑOR

SEÑORA

BRUJA

LEÑADOR I

LEÑADOR II

LEÑADOR III

QUICO

NIÑO I

NIÑO II

UN TELONCILLO DE FONDO CUBRE TODO EL DECORADO. MÚSICA DE GRAN ESPECTACULO POPULAR Y UN FOCO SOBRE EL CENTRO DEL ESCENARIO. APARECE UN HOMBRE GRUESO, VESTIDO DE ETIQUETA Y FUMANDO UN GRAN PURO. SE COLOCA EN EL FOCO Y HABLA AL PÚBLICO EN UN TONO ENTRE PRESENTADOR Y ORADOR POLÍTICO.

PRESENTADOR.—Señoras, señores y niños de todo el mundo: tengo el gran honor de presentar ante todos ustedes, uno de los espectáculos más asombrosos y admirados de todos los tiempos. Esta gran representación de marionetas se ha convertido en un verdadero acontecimiento mundial. Su artífice y creador, “El artista”, es uno de los hombres más representativos en su difícil especialidad. Gracias a él, todo el mundo solicita ahora mi presencia para poder contemplar y admirar su fantástica actuación. Señoras, señores, niños queridos, ante ustedes, ¡El Artista!

(Música y muchos aplausos. Aparece un hombre delgado, canoso, ojos fríos y movimientos duros. Viste de etiqueta y sobre su chaquetilla luce algunas medallas. Se cubre con una capa plateada que recuerda a los centuriones romanos. Saluda mientras cesan los aplausos. Una palmada seca y por ambos laterales van apareciendo los personajes de la representación —todos ellos visten y se mueven como marionetas—. Una nueva palmada y todos los muñecos, al tiempo, saludan mecánicamente.)

ARTISTA.—¿Estáis preparados...? (*Afirmación general.*) La función de hoy es muy importante, no olvidarlo. (*Tranquilamente, va colocando los trajes y tensando los grandes hilos que parecen sostener los brazos y piernas de los muñecos. Al tiempo, habla con ellos.*) ¿Hay problemas...? (*Al Diente I*).

DUENDE I.—Sin novedad.

ARTISTA.—No dude en comunicarme cualquier incidencia, por pequeña que sea.

DUENDE I.—Descuide.

ARTISTA.—(*Al Diente II*) ¿Atenta la guardia del bosque?

DUENDE II.—Todo preparado.

ARTISTA.—(*Al Hada.*) ¿Alguna queja...?

HADA.—Ninguna.

ARTISTA.—¿Son buenos y temerosos los niños...?

HADA.—Ambas cosas.

ARTISTA.—(*A los Sres. del “buen asiento”*).

Señores, buenas tardes y paz.

SEÑOR.—Paz.

SEÑORA.—Paz.

ARTISTA.—(*A los niños, que visten ridículamente.*) ¿Un caramelo...? (*A los señores.*) Tienen ustedes unos hijos encantadores. (*Agradecen con la cabeza. Ahora habla a la Bruja.*) No quiero verte por el bosque.

BRUJA.—El bosque es de todos. Patrimonio nacional, creo.

ARTISTA.—Luego dirás que no te avisé. (*A los leñadores.*) Es un buen año de trabajo, dicen.

LEÑADOR I.—Así es, señor.

LEÑADOR II.—Muy bueno.

LEÑADOR III.—Cada vez mejor.

ARTISTA.—Todo tranquilo. (*A Quico, que viste como un pequeño leñador.*) ¿Y esos repartos, Quico...?

QUICO.—¿Qué tengo que decir...?

ARTISTA.—Hombre, la verdad.

QUICO.—Pues me canso.

ARTISTA.—Ya sabes que el Hada Buena escucha todas las reclamaciones. (*Al público.*) Querido público de todo el mundo, tengo mucho gusto en ofrecerles una historia sencilla, cotidiana, pero sumamente estudiada y ensayada. Espero que la admiración sea el precio a mi trabajo. (*Entre aplausos, saluda y sale. Los personajes van desfilando también. El foco baja y suena una música de cuento infantil. El escenario se ilumina totalmente y se descubre el teloncillo de fondo. Un paisaje de sueño: un frondoso bosque, montañas al fondo y un gran sol con cara risueña. En el lateral de-*

recho, la pequeña casita de los leñadores. En el otro lateral, el porche de una gran mansión. En ella, dos mecedoras y una mesa de mármol. Aparecen los tres leñadores cantando y simulan cortar árboles.)

LEÑADORES.—Árbol del bosque.
árbol del bosque
no te resistas
al corte noble
que necesitas.
Que necesitas
para caer
y ser la leña
que cobraré,
que cobraré,
que cobraré...

(Murmullos al ritmo. Suena una flauta desafinada y aparece Quico, muy entusiasmado con su música.)

LEÑADOR I.—¡Quico!, ¿todavía estás ahí...?

LEÑADOR II.—Deja ya la dichosa flauta, hombre.

LEÑADOR III.—¿No oyes...?

QUICO.—*(Deja de tocar.)* ¡Jolín!, llevo ya tres viajes en nada de tiempo.

LEÑADOR I.—Hay un pedido urgente, ya lo sabes. Tanta flauta y tanta...

QUICO.—Quiero ser músico.

LEÑADOR II.—¡Mira tú qué bien!

LEÑADOR III.—*(Riendo.)* ¡Nada menos que músico!

QUICO.—¿Tiene algo de malo...?

LEÑADOR I.—Te he dicho mil veces que tú serás leñador, como lo fue tu padre y antes tu abuelo.

QUICO.—¿Por qué...?

LEÑADOR II.—Porque así tiene que ser.

QUICO.—¡Menuda razón!

LEÑADOR III.—La que necesitas. Anda con el pedido y déjate de historias.

QUICO.—Todo el día llevando leña de un lado para otro y ni siquiera puedo tener un mal libro.

LEÑADOR I.—¡Ahora empezarás con la otra!

LEÑADOR II.—¿Para qué quieres un libro si no sabes leer...?

QUICO.—Lo que quiero es aprender.

LEÑADOR III.—¡No pides tú pocas cosas! Ninguno de nosotros sabemos y ni falta que nos hace. Bonito negocio nos dejó tu padre.

QUICO.—No hago nada malo.

LEÑADOR I.—Hablar más de la cuenta. Anda, termina de una vez con esa carretilla. Pronto se hará de noche y tendrás miedo de cruzar el bosque.

LEÑADOR II.—Puede salir la bruja a tu encuentro...

LEÑADOR III.—Y llevarte con los niños que quisieron saber demasiado.

QUICO.—¿Qué me importa la bruja...? *(Coge la carretilla.)* Ya voy...

LEÑADOR I.—No se te olvide, señores “del buen asiento”. Es la casa grande que está al término del bosque.

QUICO.—Ya, ya...

LEÑADOR II.—Y no pierdas el dinero.

QUICO.—Bueno, bueno... *(Camina despacio por el bosque.)*

LEÑADOR I.—¿Qué niño más rebelde!

LEÑADOR II.—Poco sale a su padre, un hombre tan bueno y tan callado.

LEÑADOR III.—¡Y cuántos pájaros tiene en la cabeza!

LEÑADOR I.—Vamos a terminar los de ahí arriba. *(Desaparecen los leñadores y Quico queda andando por el bosque. De pronto, hace un gesto de fastidio, deja la carretilla y toca la flauta. Tras él, aparece el hada buena.)*

HADA.—Hola, querido Quico.

QUICO.—*(Un poco contrariado.)* Hola.

HADA.—¿Qué haces...?

QUICO.—Toco la flauta, no lo ves...?

HADA.—¿Vas muy lejos con esa leña...?

QUICO.—Al otro lado del bosque.

HADA.—Así me gusta, que seas un niño bueno y cumplas con tu trabajo sin protestar.

QUICO.—Mi trabajo es una lata.

HADA.—¿No te gusta...?

QUICO.—No mucho, la verdad. Prefiero ser músico.

HADA.—Cada uno tiene que ser lo que se le ha encomendado que sea.

QUICO.—Pero yo quiero conocer otras gen-

tes y saber muchas cosas.

HADA.—Ya sabes todo lo que un niño bueno debe aprender.

QUICO.—Otros niños saben leer y hasta escribir.

HADA.—¿Quién te lo ha dicho...?

QUICO.—Los he visto yo, en la ciudad. Todos los días van a la escuela.

HADA.—Claro, porque sus padres se lo pueden pagar.

QUICO.—¿Y qué culpa tengo yo de ser un niño sin padres...?

HADA.—Ninguna, desde luego. No es culpa de nadie. Debes pensar que la gente pobre y buena siempre tiene una recompensa.

QUICO.—Eso mismo decía mi pobre madre y se murió.

HADA.—Quizá ese fue su premio.

QUICO.—Hombre, visto así... Las Hadas tenéis salidas para todo.

HADA.—Nosotras queremos lo mejor para los niños. Por cierto, creo que los leñadores están muy descontentos con tu comportamiento y eso me disgusta.

QUICO.—¿Y por qué...?

HADA.—Al parecer eres un poco protestón.

QUICO.—Lo que yo quiero es saber cosas y ser músico.

HADA.—Y además, un día te atreviste a decir que os pagaban poco por la leña.

QUICO.—Es la verdad.

HADA.—Hay leyes para enjuiciar eso.

QUICO.—Pero ninguno de nosotros las sabemos leer.

HADA.—¡Quico!, ya está bien, hijo. Eres un niño muy rebelde. La gente que os compra la leña es de muy buena familia y no os puede engañar.

QUICO.—¿Qué es gente de buena familia...?

HADA.—Pues personas con un nombre, con una categoría social.

QUICO.—Entonces, yo no soy de buena familia.

HADA.—Tú perteneces a una familia honrada.

QUICO.—Que es todo lo contrario, ¿no...?

HADA.—Mira, son cuestiones que no puedes comprender todavía. Lo que tienes que

hacer es trabajar con ilusión y en los ratos libres puedes tocar la flauta. Ya lo haces muy bien, ¿sabes...? El arte no se enseña, Quico, y tú eres un gran artista.

QUICO.—(Contento.) ¿De verdad...? Entonces ya no seré leñador.

HADA.—¡Ya empezamos otra vez! Serás leñador.

QUICO.—Pues que me traigan libros por lo menos.

HADA.—Me enfadaré, Quico, me enfadaré si continúas con esas extrañas fantasías. Anda con la leña y no olvides nunca que el hada buena lo sabe todo. (*Desaparece.*)

QUICO.—Bueno, pues enfádate. (*Coge la carretilla y anda unos pasos.*) Es un rollo esto de la leña... (*Aparece la bruja haciendo todo tipo de cosas para asustar a Quico.*)

BRUJA.—¡Quico, Quico...!

QUICO.—(*Sin darle importancia.*) Hola.

BRUJA.—(*Muy natural, sorprendida.*) Hijo, que soy la bruja del bosque.

QUICO.—Ya lo veo, ya...

BRUJA.—¿No te asusto...?

QUICO.—¿Más susto que ir cargado todo el día como un burro?

BRUJA.—Hombre, menos mal que encuentro a alguien con dos dedos de frente. La gente corre al verme y no veo yo que la cosa sea para tanto.

QUICO.—La gente es muy tonta. Corren por costumbre. Desde siempre la bruja del bosque es algo terrible.

BRUJA.—Pues mira, tienes razón en eso. Oye, vas muy cargado.

QUICO.—Como siempre.

BRUJA.—Y pareces enfadado.

QUICO.—Pues claro.

BRUJA.—No te gusta tu trabajo, ¿eh...?

QUICO.—¡Ya me contarás...! Nos pasamos todo el día sudando y nunca tenemos un libro, ni un descanso, ni conocemos nada nuevo. Encima, el hada buena me dice que soy un rebelde.

BRUJA.—Sobre esa señora hay mucho que hablar. Pero sí, es cierto que resultas un poco rebelde.

QUICO.—¿Y eso es tan malo...?

BRUJA.—No tiene nada de malo, pero resulta molesto para mucha gente.

QUICO.—Quiero aprender cosas del mundo.

BRUJA.—Para eso hace falta mucho dinero.

QUICO.—Nos pagan tan poco por la leña...

BRUJA.—Ya lo sé.

QUICO.—Un día se me ocurrió protestar y se armó una...

BRUJA. Es lógico, las personas no protestan.

QUICO.—Ya me enteré después. Pero lo que ganamos no es justo, estoy seguro.

BRUJA.—Y yo.

QUICO.—Mis amigos no lo saben.

BRUJA.—Prefieren no saberlo.

QUICO.—¡Qué tonterías!

BRUJA.—Es tonto, pero tranquilo.

QUICO.—¿Tranquilo...? Me hago un lío con todo... Por ejemplo, todos los de la localidad quieren al hada buena. Bueno, pues yo cada vez que la veo...

BRUJA.—No me extraña, hijo.

QUICO.—¡No dice más que tonterías! Habla, habla, pero no ayuda nunca. Digo que quiero estudiar y me contesta que ya lo sé todo. ¡Fíjate qué mentira! Luego toco la flauta, así... (*Toca muy mal.*) Y dice que ya soy un buen músico.

BRUJA.—¡Qué bárbaro!

QUICO.—Si puede hacer tantas cosas como dice, ¿por qué no me lleva a la escuela?

BRUJA.—No le interesa.

QUICO.—¿Por qué...?

BRUJA.—Pues... ella quiere que seas leñador.

QUICO.—¡Es una verdadera perra lo que tiene la gente con lo que tengo y no tengo que ser! Mira, a lo mejor sabiendo algunas cosas más, era más fácil ser leñador, ¿no?

BRUJA.—Para tí, desde luego, pero...

QUICO.—¿Entonces...?

BRUJA.—Son asuntos muy complicados y dudo que puedas entenderlos. Pero tienes mucha razón en querer estudiar y conocer mundo y ser lo que te guste. Escucha, si no se lo dices a nadie, yo te puedo dejar algunos libros que te ense-

ñarán cosas muy interesantes.

QUICO.—¿De verdad...?

BRUJA.—Pero tiene que ser un gran secreto entre los dos. Si alguien se entera, no me dejarán volver al bosque. Ya sabes que tengo muy mala reputación.

QUICO.—¡Nadie, te lo juro!

BRUJA.—(*Mirando a todas partes, saca un libro y se lo tiende.*) Toma y escóndelo.

QUICO.—(*Lo guarda entre la camisa.*) ¡Qué bonito parece!

(*Se oye un redoble de tambor y aparecen los dos duendes.*)

DUENDE II.—¡Duende primero, veo brujas, muchas brujas! ¡Miles, millones de brujas malas del bosque sin identificar! (*Empuja violentamente a Quico y a la bruja*) ¡Venga, venga, cada uno por su lado ahora mismo! Y sin decir palabra ¿eh?

DUENDE I.—Lo que me temía, la bruja.

BRUJA.—Lo que me temía, el Duende.

DUENDE I.—Duende segundo, atento a cualquier movimiento sospechoso. Procedo a un terrible y persistente interrogatorio.

DUENDE I.—¡Silencio en la sala! A ver, tu carnet de bruja.

BRUJA.—(*Se lo tiende.*) Aquí está.

DUENDE I.—Te caduca este año.

BRUJA.—Es que hay unas colas... La burocracia es un asco.

DUENDE I.—¿Qué haces aquí...?

QUICO.—Hablabamos.

DUENDE I.—Ciudadano, nadie te ha preguntado todavía. Y te advierto que un niño hablando tranquilamente con una bruja es una contradicción histórica de las gordas. Los niños deben temer a las brujas malas.

BRUJA.—Muchacho, tienes la cabeza hueca.

DUENDE I.—Yo no tengo obligación de tener nada dentro de la cabeza: yo soy el duende.

BRUJA.—Eso es muy cierto, mira.

DUENDE I.—¿Y qué hablabas aquí, a espaldas de la ley...?

BRUJA.—Nada importante.

DUENDE I.—No me consta.

BRUJA.—¿Qué quieres que hable con un

niño...?

DUENDE I.—Los niños son la nueva verdad, el futuro de la sociedad y hay que poner mucho cuidado con ellos. Esas son las órdenes que tengo.

BRUJA.—Quico es un buen chico.

DUENDE I.—Por menos le podría encerrar.

QUICO.—¿A mí...?

DUENDE I.—Estás en contradicción con la historia, no lo olvides.

QUICO.—La bruja no es mala.

DUENDE I.—¿Y lo confiesas...? Esto te puede costar muy caro. Investigaré a fondo sobre tu vida, antecedentes, comportamiento general y particular. Piensa que la sociedad no perdona. En cuanto a tí, vieja, o te limitas a asustar, que es lo tuyo, o te retiro el carnet para siempre. Supongo que con este ciudadano, ni siquiera lo intentaste, claro.

BRUJA.—Hice lo que manda el reglamento, pero ni se inmutó.

DUENDE II.—Duende primero, yo creo que...

DUENDE I.—Tú límitate a mirar atentamente y déjate de profundidades filosóficas que no corresponden a tu esfera.

DUENDE II.—Bueno...

DUENDE I.—Veamos, bruja, tengo la impresión de que no asustas como Dios manda. Anda, demuéstrame cómo lo haces. ¡Es una orden!

BRUJA.—¡Bueno está...! (*Hace gestos terribles.*) ¡Soy la bruja mala, la bruja terrible! (*Quico ríe y los duendes se asustan.*)

DUENDE I.—¿Por qué se ríe este niño...?

DUENDE II.—¿Le pego?

DUENDE I.—Tentaciones me vienen, no creas... ¡Será idiota la criatura! ¡Asústate!

QUICO.—(*Riendo.*) No puedo.

DUENDE I.—Es un caso perdido. Le daba un bofetón que...

DUENDE II.—¿Le pego, le pego aunque sea flojito?

DUENDE I.—¡Te pones con la cosa a pegar! Anda, dale un cachete flojito.

DUENDE II.—¡Vale!

(*Le pega a Quico con mucha suavidad.*)

BRUJA.—Bueno, me puedo ir, ¿o qué...? Luego se hace de noche y tengo miedo del hada buena.

DUENDE I.—No tendrás la conciencia muy tranquila. Anda, vete y que no te vea por aquí.

BRUJA.—Hasta pronto, Quico. (*Desaparece.*)

DUENDE I.—¿Hasta pronto...? ¡No se te ocurrirá! (*A Quico.*) ¿Dónde vas tú...?

QUICO.—Llevo esta leña para los señores del "buen asiento".

DUENDE I.—¿Y qué haces aquí parado...? Una de las mejores familias! Te daremos escolta. Vamos, vamos...

QUICO.—¿Me llevarán la carretilla...?

DUENDE I.—Niño, no faltes que te doy un pescozón. Nosotros somos los duendes. ¡Casi nada!

QUICO.—Total, que entre unas cosas y otras, siempre me toca a mí.

DUENDE I.—¡En marcha y sin protestar!

(*Se ponen en camino hacia el otro lateral. En la terraza de la casa grande, aparecen los señores y se sientan.*)

SEÑOR.—(*Infinitamente cursi.*) Parece que quiere refrescar un poquitito poquito.

SEÑORA.—(*Lo mismo.*) Y un poquitito poquito parece que quiere tardar el reparador de leña.

SEÑOR.—Nunca me gustó ese niño. No es nada, nada fino.

SEÑORA.—A los de "buena mesa", les deja siempre los troncos más hermosos. No te lo comunicué antes para no disgustarte.

SEÑOR.—Se lo haré saber ampliamente, insistentemente, machaconamente, fuertemente.

SEÑORA.—¡Y eso que están en la ruina!

SEÑOR.—Ese asunto debería exponerse públicamente en la mesa semanal de "Máximas familias". En el fondo, es la comunidad la que se perjudica con tales impostores.

SEÑORA.—Sobre todo por los niñitos, que

ya no saben las criaturas dónde están las buenas y las malas compañías.

(Quico y los duendes aparecen ante la terraza.)

DUENDE I.—Señores, los duendes del bosque les presentan sus respetos.

SEÑOR.—Descanse.

DUENDE I.—Les traemos su grato pedido de leña. Encontramos al muchacho repartidor sospechosamente entretenido y sabedores de que el encargo era de ustedes, procedimos a su escolta para cumplir al punto sus deseos.

SEÑOR.—Muy amable.

DUENDE I.—¿Los niños, bien...?

SEÑORA.—Muy propios, gracias.

SEÑOR.—De modo que estabas entretenido, ¿eh...? Mis cachorruelos esperando la leña que debe alimentar el calor familiar que les hará crecer honradamente y tú, repartidor, entretenido por ahí. ¿No se te paga cristianamente...?

QUICO.—Pero...

SEÑOR.—¡Ah!, de manera que te enfrentas, ¿verdad...? Gracias a los duendes podemos vivir las personas educadas. Anda, descarga rápidamente.

DUENDE I.—¿No oyes...? *(Quico descarga la leña.)* Tendremos que controlar sus pasos muy de cerca.

SEÑORA.—Póngalo en el buen camino.

DUENDE I.—Así lo haré, señora.

(Aparecen los niños jugando con una pelota.)

NIÑO I.—Mira, aquí está el repartidor.

NIÑO II.—Vamos a verlo.

SEÑORA.—Pero sin acercaros mucho.

SEÑOR.—Deja a los niños que disfruten.

(Los niños juegan alrededor de Quico.)

DUENDE I.—¡Qué gloria verlos!

SEÑOR.—Son muy míos.

(Los niños botan la pelota que cae y Quico la toca suavemente.)

NIÑO I.—*(Como una fiera.)* ¡Ha tocado la

pelota!

NIÑO II.—¡Es nuestra!

SEÑOR.—¡Repartidor!

SEÑORA.—¡Descarado!

(Los duendes se ponen en guardia, como si ocurriera algo terrible.)

DUENDE II.—¿Le pego, le pego?

DUENDE I.—Atento. *(A Quico.)* Confiesa, ¿por qué escondidas y sucias razones has tocado la pelota...?

QUICO.—Yo...

(Los niños lloran junto a su madre.)

SEÑORA.—¡Pobres angelitos míos...!

SEÑOR.—Mira que perra han cogido las criaturas. ¿Por qué tocas lo que no te pertenece...?

QUICO.—*(Acobardado.)* Pero...

SEÑORA.—¿Usted lo ha visto, señor duende?

DUENDE I.—Lo he visto, señora, y le aseguro que no puedo creerlo.

SEÑOR.—Gracias a que están aquí los duendes; se podría pensar que desfasamos el incidente. Además, tenemos noticias de que los troncos más hermosos los deja siempre en casa de los de "buena mesa."

DUENDE I.—¡No!

SEÑORA.—Es la triste verdad.

QUICO.—Pero sí yo no...

DUENDE I.—¡Calla, ciudadano corrosivo!

La propiedad sagrada es privada, digo...

La pelota resulta evidente que no es tuya y por lo tanto no tenías derecho legal para golpearla, pues no se daba la circunstancia de que sus dueños te hubieran autorizado previamente a materializar la fatal patada. Esto tiene que ser castigado. Se te acusa de dos delitos: tocar una pelota que no te correspondía y llevar los troncos más hermosos a una familia menor. ¿Tienes algo que decir...?

QUICO.—*(Desesperado.)* ¡No entiendo nada!

DUENDE I.—¿Pretendes confundir con evasivas...? Señores, ustedes son los ofendidos ¿qué pena se le impone...?

SEÑORA.—Una gorda.

SEÑOR.—No pagarle la partida de leña, por ejemplo.

SEÑORA.—¡Eso!

DUENDE I.—¡Justa pena! Ya lo has oído, ciudadano.

QUICO.—¡Pero tienen que pagarme!

DUENDE I.—¿Te encaras con la ley...?

SEÑORA.—¡Imposible!

DUENDE I.—Me estás fastidiando, ciudadano.

QUICO.—Me pegarán al verme sin dinero.

SEÑORA.—Y lo tendrás bien merecido, puesto que lo perdiste con tu comportamiento.

QUICO.—(Desesperado.) ¡Eso es mentira!

SEÑORA.—¡Es peligroso! ¡A salvo mis niños, a salvo mis niños!

SEÑOR.—¡A la cárcel con él!

DUENDE II.—Dijiste que le podía pegar fuerte. ¿Verdad?

DUENDE I.—¡Fuera, fuera de aquí ahora mismo! ¡Fuera antes de que...!

SEÑOR.—¡Escoria!

SEÑORA.—¡Mal niño!

TODOS.—¡Fuera, fuera, fuera...!

(En este momento, la bruja, que ha presenciado toda la escena escondida en el bosque, sale con mucho cuidado y deja unas monedas en el suelo para esconderse de nuevo. Quico, nervioso, perdido, coge su carretilla y tristemente camina por el bosque.)

SEÑORA.—¿No dejará el asunto así...?

SEÑOR.—Debió permitir que el duende cumpliera con su deber.

DUENDE I.—Se tomarán medidas, señores, no se preocupen. Y ahora, si no desean nada más, tengo que continuar mi trabajo en el bosque.

SEÑOR.—Confiamos en usted.

DUENDE I.—Descuide. Duende segundo, vamos. (Van desapareciendo.)

SEÑOR.—¡Gran duende!

SEÑORA.—Un poco flojo, ¿no...? Para mi gusto, vamos.

SEÑOR.—Nadie es perfecto. Vamos dentro, refresca.

SEÑORA.—Mandaré a un niño recoge leños

para que meta los troncos.

NIÑO I.—Quiero la pelota.

NIÑO II.—Voy por ella.

SEÑORA.—¡Ni hablar, pequeños míos! Papá os comprará otra nueva y más limpia.

SEÑOR.—Mandaré a un niño quemador de pelotas, para que no la veamos nunca más. Vamos, vamos dentro.

(Entran en la casa. Quico anda triste por el bosque. Mira muy detenidamente y recoge las monedas que puso la bruja. Un gesto de alegría. Aparece el hada buena.)

HADA.—¡Pero qué malo eres, Quico!

QUICO.—¡Déjame en paz!

HADA.—¡Quico!

QUICO.—¡Vete a la mierda!

HADA.—¡Niño!

QUICO.—¡Niño, niño...! ¡No sabes más que hablar! ¿Te has enterado de...?

HADA.—Lo sé, y también el justo castigo que tienes por ello.

QUICO.—¿Justo...? Mira, vete de aquí porque...

HADA.—¡Soberbio!

QUICO.—¡Estás de su parte!

HADA.—Soy el hada buena.

QUICO.—¡Mentirosa! Estoy cansado de vosotros, ¡de todos! Vete, no quiero verte más. Ya no me engañas con tus tonterías. ¡Fuera, fuera! (Tira piedras.)

HADA.—¡Quico, Quico, estás loco! ¡Ay!, ¡quieto, quieto! ¡Ya no tendrás tu recompensa.!

QUICO.—¡Esta es mi recompensa! ¡Fuera, fuera...! (El hada desaparece chillando tras las piedras de Quico.) ¡Hadas buenas...! Y la gente se lo cree. (Una pausa.) Ahora sí que estoy perdido. Todo el mundo estará en mi contra. ¿Por qué me engañan...? ¡No lo entiendo!

(Aparece la bruja.)

BRUJA.—Pobre Quico.

QUICO.—Menos mal que llegas tú.

BRUJA.—¡Calla!, no te oigan decir eso.

QUICO.—Es lo mismo.

BRUJA.—Te sientes muy mal, ya lo sé.

Siempre ocurre cuando las cosas no salen bien. Tú no eres como ellos, eso es lo que importa.

QUICO.—¡Para lo que me sirve!

BRUJA.—Ya te servirá.

QUICO.—Nunca hice nada bien. Cuando mi mamá estaba tan mala, los médicos no querían ir a verla porque vivíamos en el bosque y éramos pobres; cuando murió, en cambio, fueron para certificar que había muerto de verdad. ¿De manera que no van para salvarla y luego, cuando ya no hace falta, se presentan gratis...? Le dí una pedrada al médico que...
(Llora.) ¡Qué asco!

BRUJA.—No creas que todo es así. Tú, por ejemplo, serás de otra manera.

QUICO.—¡Es todo lo mismo!

BRUJA.—No te desesperes. Muchos hombres importantes sufrieron del mismo modo. Yo te daré libros para que aprendas las cosas buenas y puedas ser justo con los demás.

QUICO.—¿De verdad...?

BRUJA.—Anda a casa y procura volver todos los días a este mismo lugar. Aquí te explicaré muchas cosas. Es un secreto importante, ¿sabes...? Corre, que aquí estamos en peligro los dos.

QUICO.—¡Bueno, gracias! Oye, resulta que me encontré unas monedas, justo las que debieron pagar por la leña. Es una suerte, pero a lo mejor no está bien coger lo que no es mío...

BRUJA.—En este caso está bien. Ese dinero te pertenece por tu trabajo. A veces ocurren cosas buenas que, como las malas, no podemos entender. ¡Corre!

QUICO.—(Parece comprender la verdad sobre las monedas.) Gracias. Mañana estaré aquí y estudiaré mucho. (Anda por el bosque muy contento)

BRUJA.—Ten fuerza, Quico.

(Aparecen los duendes.)

DUENDE I.—¡Otra vez aquí!

BRUJA.—Como vosotros, sí.

DUENDE I.—Me estás cargando ya, ¿sabes...? He oído cierta conversación que

no me gusta nada.

BRUJA.—Ya supongo.

DUENDE I.—Algo así como libros...

BRUJA.—No está mal que te suena la palabra.

DUENDE I.—¿Me insultas?

BRUJA.—¡Qué bruto eres!

DUENDE I.—¿Bruto...? Estás perdida, ahora sí que lo estás.

BRUJA.—¡Animal!

DUENDE I.—¡Rebelión, rebelión!

DUENDE II.—¿La pego fuerte, la pego?

DUENDE I.—Toma medidas, duende segundo.

(Los dos duendes danzan ridículamente y sacan un arco y una flecha infinitamente pequeños.)

DUENDE II.—Ahora mismo. (Apunta a la Bruja.)

BRUJA.—¡No seas burro...!

(El Duende dispara y la Bruja cae al suelo. Quico, al fondo, queda parado por un mal presentimiento.)

DUENDE II.—¡Qué cosas, oye!

DUENDE I.—Ya lo he visto, ya... Un accidente lo tiene cualquiera. Las armas las dirige el diablo.

DUENDE II.—Parece mentira, morir así.

DUENDE I.—Se lo estaba buscando, desde luego. Parece muy muerta, la verdad. Era una bruja muy mala y siempre se reía de nosotros. ¡La tenía una rabia! Pues mira, una menos. Si se ha muerto, peor para ella. El final de las personas malas siempre es el mismo. Anda, vamos.

DUENDE II.—Eso es, muy bien dicho.

(Salen los dos Dientes y Quico, que permanece parado, corre hacia donde se encuentra la Bruja.)

QUICO (Ante la bruta caída). — ¡Bruja, bruja! ¡La han matado, la han matado!

BRUJA (En un hilo de voz).—¿Qué haces aquí...? ¡Vete!

QUICO.—Han sido los Duendes, ¿verdad?

BRUJA.—Esos asquerosos, sí, que me tenían

unas ganas...

QUICO.—¡Por mi culpa!

BRUJA.—No, Quico, no es culpa tuya.

QUICO.—Te pondrás bien, ya lo verás.

BRUJA.—No creo, disparan estupendamente.

QUICO.—¿Qué haré si te pasa algo...?

BRUJA.—Estudiar.

QUICO.—No quiero quedarme solo, ¡tengo miedo! ¡No quiero volver a casa!

BRUJA.—No digas eso.

QUICO.—¡Malditos!

BRUJA.—Esto de morirse es un asco, ¿sabes...?

QUICO.—¿Te duele mucho...?

BRUJA.—Hombre, supongo que lo normal.

QUICO.—¡No hay derecho, no hay derecho!

BRUJA.—No grites.

QUICO.—Ahora se quedará el bosque sin bruja y el hada buena engañará a los niños.

BRUJA.—No te... preocupes.

QUICO (*Pensando entre lágrimas*).—Yo quiero ser bruja para ayudar a los niños. Oye, ¿qué hay que hacer para...?

BRUJA.—No lo sé, es algo... que sale de uno mismo.

QUICO.—¡Pues yo seré bruja!

BRUJA.—No es buen oficio, ya lo ves...

QUICO.—¡Es el mejor!

BRUJA.—Te pueden matar.

QUICO.—Merece la pena.

BRUJA.—¡Ay!, está al caer... Piénsalo bien, eres muy joven todavía... Pero si decides serlo, mi ropa está en buenas condicio-

nes. Mi casa queda al otro lado del bosque... Allí encontrarás libros y un techo para vivir... Ten mucho cuidado, Quico. Es una suerte... que no seas como ellos y que decidas sacrificar tu vida para... ayudar... ¡Hace mucha falta! ¡Ay! (*Queda estática.*)

QUICO.—¡Bruja, bruja, habla, habla! (*Llorra.*) ¡Se ha muerto, se ha muerto! ¡Pobrecilla! Pero el bosque no quedará solo. Me pondré tus ropas... (*Se las va quitando entre llantos.*) Te vengaré y ayudaré a todos los niños. Les diré que eras muy buena, la mejor. (*Queda vestido de bruja.*) Tengo que estudiar para ser muy buena, como tú. (*Hace gestos.*) Y luego, muchos niños lo serán también. Adiós y gracias. Procuraré sustituirte lo mejor posible. (*Entre llantos, Quico desaparece. La luz baja muy lentamente. Un foso sobre el escenario y aparece el Presentador.*)

PRESENTADOR.—Esperamos y deseamos que esta representación sea recordada como algo verdaderamente sorprendente. El próximo episodio se titulará: “La persecución de Quico”. En ella, “El Artista” provocará de nuevo la admiración de todos ustedes. Hasta entonces, señoras, señores, niños de todo el mundo, ¡muy buenas tardes!

(*Aplausos y música. Salen los personajes y saludan. Tras ellos, “El Artista”. Subidas y bajadas de telón.*)

F I N